

## UN HOMBRE DE PAZ, VÍCTIMA DE UNA GERRA

M<sup>a</sup> DOLORES GÓMEZ MOLLEDA,  
Catedrática emérita de la Universidad de Salamanca

---

*Artículo publicado en el diario **ABC** el 26 de abril de 2003*

En el temporal de las múltiples guerras que le tocó vivir, guerra de pueblos, guerra de valores, guerra de derechos, guerra de hermanos, Pedro Poveda fue un hombre de paz, un hombre de la no violencia.

Sacerdote y mártir, será canonizado por Juan Pablo II el 4 de mayo en Madrid. Nació en 1874 y murió en 1936, pero para situarle históricamente de modo adecuado se debe considerar este dato. Su contexto real es el del grupo de creyentes para quienes el tema religioso-docente nunca fue una enseña electoral, aireada para obtener ventajas políticas. Hay que situar a Poveda entre los católicos a secas, entre los "hombres espirituales", dispuestos a defender, al margen de cualquier tipo de interés político o material, unos ideales religiosos que estimaban respetables e injustamente tratados. Nada autoriza al historiador a considerar a Poveda de otra manera.

La documentación consultada le muestra compartiendo, con ese sector descomprometido políticamente, la gran preocupación por los planteamientos religiosos y educativos de la República y por los graves acontecimientos de aquellos días, pero sin contribuir en absoluto a agudizar el espíritu de beligerancia y de intransigencia que desbordaba los ánimos en vísperas de la guerra civil.

No era Poveda hombre de ideas imperativas, ni inclinado a abultar las cosas, ni aficionado a la inflación verbal. Su moderación en las palabras y su parquedad en los juicios eran proverbiales en los ambientes en los que se movía. Vivió la gravedad de la situación con el espíritu sereno y generoso que le caracterizaba: "Señor de quien dependen los destinos de los pueblos -se lee en uno de sus textos- iluminad a quienes nos gobiernan" (1932).

Precisamente en 1935 escribía Poveda sus reflexiones sobre la mansedumbre, sobre el espíritu pacífico que había de regir la vida de los hombres. En aquel momento turbulento representaban aquellas reflexiones la expresión de un "amor curativo", curativo del dolor, de la ira, del revanchismo que degradaban los ambientes íntimos, la calle y la prensa de aquellos días. Leídas estas cartas al hilo de sus líneas maestras, aparecen pensadas como para poner de relieve la fuerza real de ciertos valores negados o desprestigiados por el ambiente de exaltación y de violencia reinantes, tales como la ecuanimidad, la paciencia y el perdón. Y para afirmar, también, la eficacia de la no violencia humana y libre, voluntariamente elegida frente a la fuerza ciega y fatal de la mística de la acción.

La presencia de Poveda desde 1931 a 1936 fue una presencia activa, pero sumamente discreta, serena, tolerante y en nada provocativa, desde el punto de vista político. ¿Por qué entonces la violencia de que fue víctima el 28 de Julio de 1936? Qué tiene que ver Pedro Poveda, hombre no violento por antonomasia, con una violentísima guerra civil?

Es cierto que en el turbión de aquellos días existieron ideales. Cada uno de los dos bandos en contienda pretendía transformar la sociedad; cada uno tuvo su mensaje y un ideal nacido al calor de sentimientos profundos, de valor y de significado universal. La guerra civil, décadas después, se nos aparece como una mezcla de grandezas y de bajezas, de ideales y de intereses mezquinos, de gratuidades heroicas y de luchas empecinadas por el privilegio o el poder. Muchas causas honradas quedaron anegadas en ella y no es extraño que al contemplarla desde nuestro momento, nos sintamos perplejos y doloridos.

Como es bien sabido los dos bandos en guerra necesitaban afirmarse ideológicamente, para consolidar sus respectivas posiciones. En el bando nacionalista, lo religioso se convirtió en eje de cohesión interna y la Iglesia se vio implicada en lo que creyó ser la defensa de su libertad, tal vez sin percatarse de la utilización política de que podía ser objeto. Poveda, como Sacerdote, era miembro de la iglesia, acusada hacía tiempo de compromisos con el poder, con determinadas clases sociales, con ciertas ideologías.

Además la lucha de clases en España, como han subrayado prestigiosos autores, tradicionalmente se había doblado en lucha ideológica, ya que una gran parte del proletariado era arreligioso o anticlerical, frente a las clases medias y altas que se profesaban católicas.

Cualquiera que fuera la causa que ventilaban o que creían ventilar los fusiles del 28 de julio, queda la posibilidad de la objetivación del caso Poveda, tratando de situarlo en el lugar histórico que le corresponde.

Su figura hay que situarla en la etapa anterior a la Guerra Civil, en el periodo de la guerra de ideas y de valores agudizada a partir de 1931. Como educador había luchado por la autonomía y la libertad de la enseñanza. Los pleitos políticos, económicos o sociales implicados en los comienzos de la Guerra Civil, le hubieran sido completamente ajenos de no haberse producido la involucración de lo religioso y de lo político. Pero las armas que se dirigieron contra él el 28 de julio de 1936, no tenían por qué gozar de un espíritu de discernimiento que hoy incluso, a décadas de distancia y de reflexión, resulta difícil para los propios tratadistas de la guerra civil española.

Sólo un análisis acendrado del grado cultural y de las mentalidades de la España de los años treinta, campo insuficientemente explorado todavía, podría dar cuenta de las motivaciones, sentimientos y creencias que actuaron de modo subyacentemente en el conflicto bélico para darle su especificidad propia. Me atrevo a pensar que únicamente a esta luz podría explicarse el hecho de que, precisamente por la violencia de una guerra muriera, y no fue el único caso, un hombre de paz.